

Sobre los últimos hallazgos epigráficos en Barcelona

Algunas observaciones para su valoración
en la Historia de la Ciudad

por J. de C. Serra-Ràfols

*Dedicado a Mr. John F. Hurst,
que tanto se interesa por la más
vieja historia de nuestra Ciudad.*

EN el pasado año 1964, en el decurso de la XXIV campaña municipal de excavaciones arqueológicas de Barcelona, se han hecho cinco hallazgos epigráficos de inscripciones mayores. Dos en la torre 10, en la calle de la «Tapineria», otras dos en las exploraciones de la basílica paleocristiana debajo de la Catedral y, finalmente, una en la excavación de la torre 25, en la antigua calle de Basea (más tarde de la «Muralla Romana» y actualmente del «Subteniente Navarro»).

No vamos a estudiarlas epigráficamente, cosa que hará un epigrafista como el profesor Mariner, al que han sido comunicadas, sino valorarlas para la historia de la ciudad en función de su lugar de hallazgo, y de su contenido.

LAS INSCRIPCIONES DESCUBIERTAS EN LA TORRE 10

Las dos aparecidas en la torre 10, estaban cerca de su base formando parte de su paramento exterior, en la segunda hilada del mismo en sentido horizontal, invisibles sin haberse efectuado la excavación y, por lo tanto,





Fig. 1

fruto directo de la misma.¹ No eran otra cosa que aras sepulcrales destinadas a ser elevadas sobre las respectivas tumbas, procedentes como las demás descubiertas en el mismo sector de la importante necrópolis que existía al nordeste de la ciudad, probablemente centrada en la vía que partiendo de allí se dirigía hacia las Galias en sus dos ramales, el de la costa y el del interior. Sus textos son claramente funerarios ya que rezan, la completa, que mide 86,5 centímetros de alto, núm. invent. 7824 (fig. 1):

D. M.
IVLIAE
PATERNAE
ELVTIANVS
VXORI
B M

y la fragmentada, que tiene en su estado actual una altura de 67 centímetros, núm. invent. 7823 (fig. 2):

PEDANIA
ARISTIE
L. PEDANIVS
PR...

— Como la mayoría de las demás inscripciones de esta clase, están labradas en la barcelonesa piedra arenisca de las canteras de nuestro Montjuich, con letras torpemente trazadas, que pueden contener errores atribuibles al lapicida. La labra de las aras en ellas mismas es también un poco tosca, aunque de esta tosquedad salgan formas no exentas de gracia, con un marcado sabor local, en el que descuellan los acusados perfiles, que en algunos

1. Anotemos una vez más que estos textos, como tantos otros, habrían permanecido ignorados para nuestra generación, junto con los tesoros artísticos y arqueológicos que con ellos han aparecido, si no se hubiese acometido decididamente la empresa de explorar el macizo de la muralla, en vez de limitarse a poner a la vista casi exclusivamente su paramento exterior. Y anotemos también que incluso esta segunda y modesta realización, que ha determinado el derribo de las antiguas casas que como una lepra se habían adherido a la muralla, no ha dejado de ser comentado desfavorablemente, incluso, lo que es más chocante, por eruditos que luego no han dejado de utilizar los hallazgos determinados por tales trabajos por ellos censurados.

casos llegan al abarrocamiento, como en el ara de *CLODIA LVPA*² y en los recuadros de las «cupae» descubiertas en gran número.



Fig. 2

2. Véase JOAQUÍN M.^a DE NAVASCUÉS: *Los epitafios Hispano-Romanos de Antonio Festa y de Clodia Lupa*, «Klio», vol. 38, 1960, págs. 185-206, y MARINER, *Los con-*

Las dos descubiertas en 1964 son una nueva prueba del arrasamiento de las necrópolis al construirse la muralla, del que se salvó por un accidente la ubicada en la actual plaza de la Villa de Madrid, entre las calles de la Canuda y de la «Portaferrissa», gracias a haber quedado cubierta por una de las «riadas» del torrente que, procedente de la «Serra de Collcerola» (el actual Tibidabo), discurría junto a la ciudad con un curso sinuoso señalado aproximadamente por las actuales calles de la Canuda, plaza de «Santa Anna» (hoy última parte del «Portal de l'Angel») y calles de la Cucurulla, «Pi» y «Riera del Pi» (hoy Cardenal Cassanyas).

LOS CIPOS DESCUBIERTOS DEBAJO DE LA CATEDRAL

Muy diferentes son los cipos (también uno entero y el otro mutilado) que han sido descubiertos en la exploración que se está efectuando (año 1964) debajo de la catedral, en busca de elementos hasta ahora desconocidos de la basílica paleocristiana descubierta por Duran i Sanpere. Allí aprovechados igualmente para una función que no era la suya, mucho más humilde que la originaria, formando un peldaño que accede a una puerta de destinación todavía no bien precisada, se descubrieron los dos citados cipos, labrados en buena piedra caliza marmórea, en los que con letras magníficamente trazadas, sobre todo en el segundo, se evoca la memoria de dos jóvenes ciudadanos de Barcelona con estas palabras:

En el entero, que mide 94 centímetros de alto, con letras de 55 a 60 milímetros de alto, núm. invent. 7826 (fig. 3):

L . PORCIO
L . FIL . GAL
CELERI
ANN XVII
AED . BARC
DOMITIA . LVCI
LIA . MATER
FILI CARISSIMO
L . D . D . D

juntos epigráficos romanos del Museo de Historia de la Ciudad, «Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad», vol. II, 1961, núm. 32 (págs. 67-69).

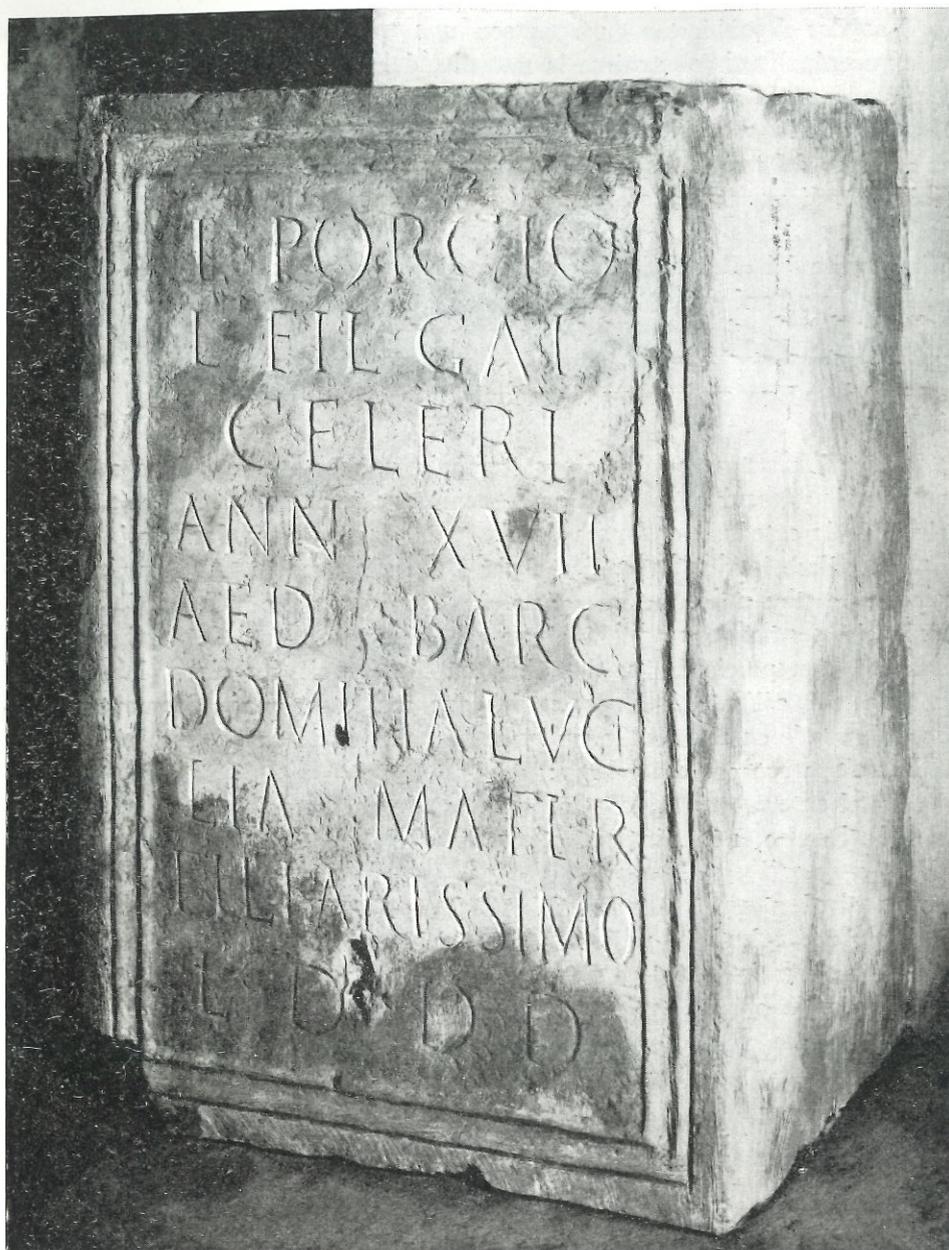


Fig. 3

y en el mutilado, que mide en su estado actual 65 centímetros de alto, con letras de unos 65 milímetros de alto, núm. invent. 7825 (fig. 4):

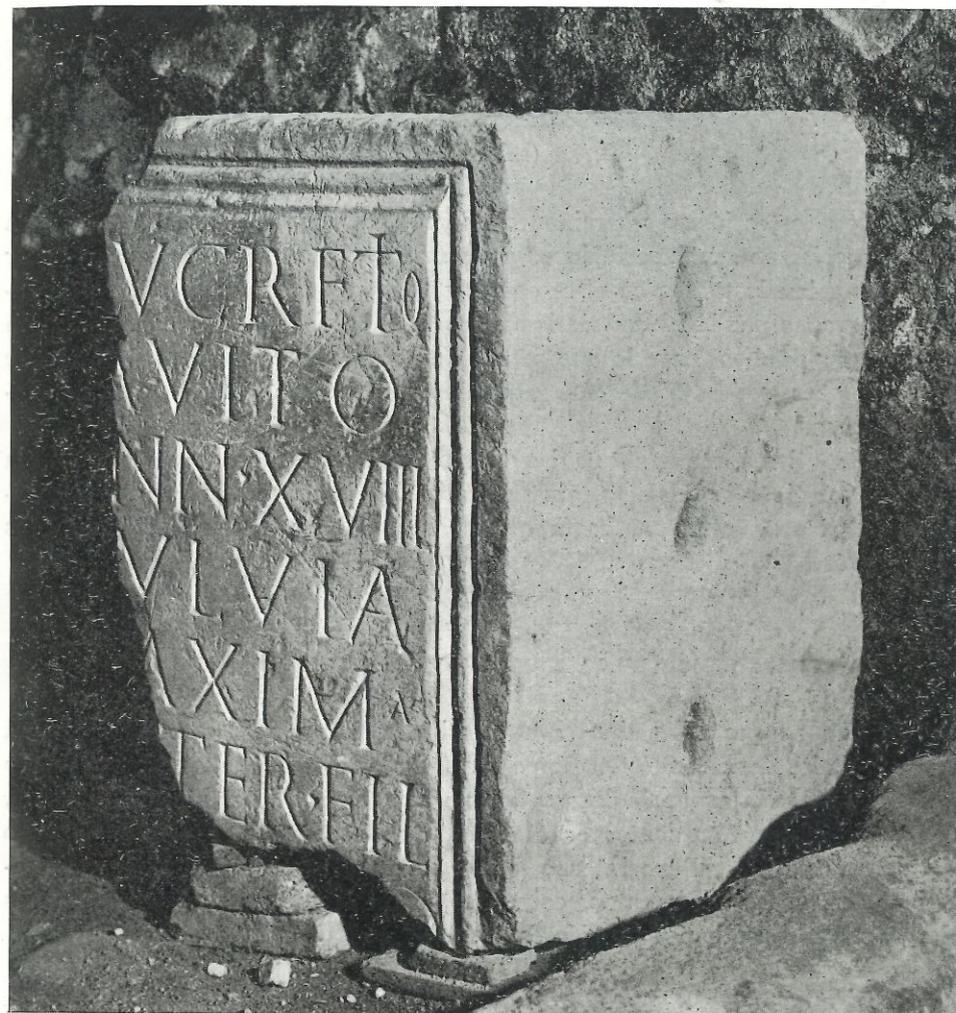


Fig. 4



(l)VCRETIO
 AVITO
 (a)NN . XVIII
 (f)VLVIA
 (m)AXIMA
 (ma)TER . FIL
 (carissim)O
 (l.d.d.d.)

Aunque estos jóvenes barcinonenses ya habían muerto al serles dedicada esta memoria, no son inscripciones propiamente funerarias, destinadas a ser colocadas sobre la tumba en el cementerio, sino que tienen un carácter honorífico, elevadas por la piedad de las respectivas madres, para ser erigidas en algún lugar público, para lo que se cuenta con el correspondiente decreto de los decuriones que ha fijado este lugar de erección, acaso coronadas por sendas estatuas.³

De la misma manera que las letras son admirablemente trazadas, la labra de los cipos es perfecta, aunque carece de la movida y barroca decoración de los aras y cupas, hasta quedar reducidos a sobrios paralelepípedos rectángulos.⁴

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MURALLA Y LA SUBSISTENCIA DEL FORO

Fijémonos que tales cipos con inscripción honorífica, como la inmensa mayoría de los descubiertos en Barcelona (por lo menos aquellos cuyo hallazgo está documentado arqueológicamente), no han formado parte de la muralla, apesar de ofrecer excelentes condiciones para ser utilizados como sillar, o simplemente en el relleno interno, como tantos y tantos elementos arquitectónicos, cornisas, basamentos, columnas, capiteles, etc., o simples sillares bien labrados, que han aparecido en él.

3. No directamente erigidas sobre los cipos, sino con el intermedio de un cimacio como los diversos que han sido descubiertos, varios de los cuales presentan en la parte superior los hoyos característicos en los que se fijaban las estatuas, de la misma manera que los cipos no iban directamente colocados sobre el suelo, sino sobre pedestales de los que también se ha descubierto un número todavía más crecido.

4. El estudio detallado de todas estas inscripciones con la indicación de los nexos existentes y demás particularidades, será efectuado oportunamente por el Prof. S. MARINER.

Creemos que cabe interpretar este hecho en el sentido que la destrucción que sufrió la ciudad hacia los años 260-270, y la mucho mayor que provocó la construcción de la muralla, si determinó el arrasamiento de las necrópolis en sus grandes monumentos, tal como hemos dicho, pudo dañar y realmente dañó gravemente al foro y demás lugares públicos en que se erigían tales memorias,⁵ pero no parece que aquél fuese sistemáticamente destruido para aprovechar sus materiales como lo fueron los cementerios, y debió subsistir durante un tiempo más o menos largo que todavía no podemos precisar, para lo que será útil conocer la fecha de las construcciones más antiguas en que aparezcan reutilizados elementos que procedan de él. Sería a partir de mediados del siglo IV, si es que la basílica paleocristiana data de esta fecha, y si la obra en que se han encontrado, en 1964, los cipos en cuestión data del momento de su erección, cosa que no es segura, pero sobre lo que informarán útilmente los excavadores de la misma. Pero siempre el aprovechamiento del foro como cantera corresponde a un momento posterior al de la erección de la muralla.

En la misma área y en circunstancias diversas han sido encontrados otros cipos honoríficos, siempre sin relación con la muralla. Desde 1958, es decir, desde que intervenimos en las excavaciones de Barcelona, otros dos, el dedicado por su padre a un hijo de juvenil edad ya difunto (Lucio Pedanio Narciso a su hijo Lucio Pedanio Narcisiano) (MARINER, núm. 24) que se conserva en el mismo muro y lugar en que se halló, muy posterior pero de cronología harto imprecisa, y el dedicado por Lucio Minicio Myron a la Equidad Augusta, con motivo de haber sido designado Sevir Augustal (MARINER, núm. 22), descubierto en la parte baja del muro noroeste del Tinnell, que puede fecharse en época románica (lo cual es una indicación bastante imprecisa). En tiempos anteriores, siempre en la misma área, Duran i Sanpere descubrió gran número de ellos, hasta 19 (MARINER, núms. 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 38, 39 y 40), dos correspondientes a la numerosa serie de Lucio Licinio Secundo (6 y 7), otros relacionados en una u otra forma con la familia de los Pedanios (8, 9, 11, 15 y 16), uno dedicado a Diana Augusta por Lucio Emilio Saturnino con motivo de haber sido designado Sevir Augustal (17), otros a personajes diversos: Lucio Fulvio Clementino (10), Caio Trocina Onésimo (12 y 13), Turpilla Pacata (14), Lu-

5. No es necesario aducir documentos arqueológicos o literarios sobre el hecho de que los foros, desde el de Roma al de las pequeñas ciudades provinciales como Barcelona, eran el lugar en el que literalmente se acumulaban esta clase de monumentos.

cio Junio Aquileo (18), Marco Emilio Optato (21), Gaio Cilnio Feroz (39) y Manio Acilio (40). Por fin, tres dedicaciones a emperadores: Lucio Vero (años 161-169, sin más posibilidad de precisión) (núm. 38), Caracalla (del año 215) (19) y Caro, probablemente del año 282 (20). Fijémonos especialmente en esta última fecha, que creemos ha de corresponder a los años hacia los que se construía la muralla.

Esta profusión de hallazgos de elementos epigráficos relacionados con un lugar público, un foro probablemente, en esta área de la «plaça del Rei» a la de la Catedral, formando parte en su mayoría de edificios posteriores, ha sido la base para que se pueda creer que por allí había un foro de la Barcino anterior a las murallas, en tanto que la dedicación a Caro es un nuevo elemento para pensar que este foro siguió «viviente», aunque acaso por un tiempo breve, cuando la muralla estaba construyéndose o era recién construida.

No es que falten en absoluto en el macizo de la muralla los elementos de posible procedencia de lugares públicos (no cementeriales). Citemos un cimacio precisamente con hoyos para recibir una estatua, descubierto en la torre 11 (aquella de la que proceden las testas marmóreas de Antonino Pío y su hija Faustina, esposa de Marco Aurelio;⁶ pero, sobre todo, estas testas y la estatuita de Diana, encontrada en la torre 8, que precisamente hemos relacionado con el cipo dedicado a esta divinidad por Lucio Emilio Saturnino (MARINER, núm. 17), y que no tenía naturalmente carácter cultual como para ser emplazado en un lugar propiamente religioso, sino simplemente honorífico, para situarlo en un foro colocadas ambas piezas en una hornacina adosada a un muro.

Parecería que la parte de los monumentos, como si dijéramos más inteligible para personas ignaras, es decir, sus esculturas, no sus epígrafes sin significación para aquéllas, hubiesen sido objeto preferente de las iras de los debeladores de la ciudad, y que una vez pasado el torrente destructor al renacer y ordenarse de nuevo la vida de Barcino, al efectuar la primera tarea, la de desescombros, se hubiesen arrumbado aquellos restos escultóricos, y que inmediatamente después se hubiese retrocedido ante la obra, difícil y cos-

2

6. Claro que este cimacio pudo haber sido el asiento de una estatua funeraria, aunque su material, la misma caliza marmórea de los cipos, inclina a creer que no fue así, ya que en los monumentos cementeriales de Barcino, por lo que hasta ahora sabemos, la piedra arenisca de Montjuich parece haber sido empleada casi diríamos con exclusividad, excepto en todo caso en ciertas testas labradas en mármol, como las encontradas en las torres 24 y 26, cuyo carácter funerario no es de todas maneras seguro.

tosa por cuidadosa, de reconstruir los monumentos más o menos arruinados, pero tampoco se derribase la parte subsistente de ellos, ya que lo más cómodo era dejarla tal cual hubiese quedado. Este modo de proceder tiene numerosos ejemplos y sólo hemos de recordar lo acontecido después de 1936. Más tarde, al iniciarse la construcción de la muralla, siempre pensaremos que no por iniciativa edilicia sino obedeciendo órdenes superiores, imperiales, venidas directa o indirectamente de Roma, y bajo la dirección de ingenieros militares forasteros, fueron utilizados en la gran obra de castramentación los escombros acumulados, junto con los elementos procedentes del saqueo de los mausoleos de las necrópolis, más las cupas, estelas o aras de las tumbas digamos de la «clase media», también los restos de los edificios situados dentro de la ciudad sólo costosamente reconstruibles, en tanto que en el foro quedaban en pie la mayor parte de las bases, cipos y cimacios, con frecuencia ya privados de las estatuas que los habían coronado.

Más tarde, ya a partir del siglo IV, al decaer el espíritu que había alentado en el mundo mediterráneo durante tantos siglos, y venir otro nuevo, tales memorias honoríficas carecían ya de significación espiritual, y su materialidad fue aprovechada en las obras más variadas, desde sillares de ángulo a peldaños, o en aras de altar,⁷ al mismo tiempo que la necesidad de aprovechar el espacio disponible en la ciudad reducida y estrechamente amurallada aconsejaba utilizar el del foro, para levantar en él tal vez la basílica cristiana y el edificio visigótico (?) situado no lejos de ella.

LA INSCRIPCIÓN DESCUBIERTA EN LA TORRE 25

Arduos problemas plantea la quinta inscripción descubierta el pasado año de 1964, en la torre 25, recayente en la calle de Basea.

Esta torre está situada entre otras dos, que al ser excavadas revelaron

7. Como un fragmento de la gran inscripción de las termas de los Natales (C.I.L. II, núms. 4.509 y 6.145) que se guarda en el Museo de Arqueología, que contiene entre las grandes y perfectas letras capitales romanas (*litteris optimis et elegantissimis*, que dice HÜBNER) minúsculas inscripciones posteriores relacionadas con la nueva utilización y que esperan todavía, apesar de haber sido señaladas desde hace tantos años, que algún epigrafista haga de ellas el estudio detenido de que son merecedoras. Otro fragmento más reducido de la misma inscripción contenía en la cara posterior otra con letras góticas del siglo XIV (?), que se conserva en el Museo de Arte de Cataluña.

un contenido extremadamente rico,⁸ y por esta causa atraía el interés de los arqueólogos. Iniciada la excavación el día primero de agosto de 1964, siempre dentro de los planes del Museo de Historia de la Ciudad, bajo los auspicios del Ayuntamiento, y con la debida autorización e inspección de la Dirección General de Bellas Artes, se derribó un coronamiento moderno formado de chapuzas del siglo XIX y se llegó a una cisterna, ya conocida y localizada, que había sido acondicionada en su masa en un tiempo indeterminable, pero desde luego no en la antigüedad. En realidad, la excavación empezó al romperse la solera de la cisterna (aunque ya antes se descubrió que varios sillares visibles desde el exterior, por donde eran lisos, contenían en la cara interna no visible elementos esculpturados de gran valor de los que no vamos a ocuparnos aquí) e inmediatamente debajo de ella aparecieron tres fragmentos de la inscripción a la que vamos a referirnos, contiguos los dos menores y el tercero separado cosa de 1,30 metros, pero todos en el mismo nivel. Formaban la primera línea de una solemne inscripción labrada en una tabla de mármol blanco de 8 centímetros de grueso (de todas maneras, no parece sea italiano o griego, sino hispano), que medía 1,10 metros de anchura, la más solemne encontrada hasta ahora en Barcelona, por la conjunción del tamaño de las letras, 12 centímetros de altura media, la calidad del material en que están grabadas y la alcornia del personaje al que se refiere.⁹

Dice simplemente, núm. invent. 7822 (fig. 5):

IMP . TRAIAN

Tenemos, pues, solamente la primera línea completa, ya que el mármol está bien cortado lo mismo por la parte superior que por ambos extremos,

8. Excavada de una manera casi completa la 24, y sólo parcialmente la 26. Véase un avance de estas excavaciones en J. de C. SERRA-RÀFOLS, *Notas sobre el sector nordeste de la muralla de Barcelona*, «Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad», volumen V, 1954, págs. 5-64 (págs. 56-62).

9. La inscripción con las palabras P.CORN...FAVSTV..., descubierta por nosotros en las excavaciones de la «plaça del Rei», a la que nos referiremos luego, tiene letras de 14 centímetros de alto, pero está grabada en la vulgar arenisca. Un fragmento que se guarda en el Museo de Arqueología de Cataluña, en Montjuich, con las letras L. LICINIUS (C.I.L. II, núm. 4.535), son éstas realmente de doble tamaño (24 centímetros) pero también es de arenisca local (apesar de ser aquellas *litteris magnis et elegantibus*, como dice el autor del *Corpus*) y se refiere posiblemente a L. Licinius Sura (más que a L. Licinio Secundo), acaso pertenecientes a un arco de triunfo, que podría ser aquel del que creemos haber encontrado vestigios en el interior de la «Casa de l'Ardiaca».

de una gran inscripción. Desgraciadamente, por tratarse de una mínima parte del texto ni tan sólo resulta seguro el emperador al que se refiere, ya que podría tratarse de Trajano o de Adriano. Además, tampoco podemos afirmar si se trata de una dedicación hecha por el emperador o al emperador. Lo más



Fig. 5

probable es que en la segunda línea no hubiese la terminación y el nombre quedase abreviado en *Traian*, pero por las otras palabras seguramente se habrían podido precisar estos extremos ahora dudosos. El hecho de no ir precedido de la indicación Caesar (con Nerva en el caso de tratarse de Trajano) es algo poco común en las inscripciones hispanas de estos emperadores, por lo menos así lo deducimos de una rápida ojeada a los índices del *Corpus*, aunque las encontradas son, generalmente, inscripciones miliarias con su formulario especial, o el nombre aparece dentro del texto y no encabezán-

dolo; pero, por ejemplo, el título 2.352 se encabeza IMP. CAESARI / DIVI. NERVAE. F / NERVAE . TRAIANO, etc., de manera bien diferente que el barcelonés.

Pero dejemos este terreno, cuyo comentario no corresponde a nosotros sino a un epigrafista, para volver al nuestro. ¿Puede esperarse encontrar otros fragmentos de la inscripción que nos aclaren estas dudas y nos proporcionen otros datos?

Ello entra en el terreno de lo posible, ya que quedan en la torre 25 muchos metros cúbicos de mortero por excavar (cerca de un centenar), pero no hay que confiar demasiado en esta afortunada posibilidad, ya que después del hallazgo de estos fragmentos se ha profundizado en este punto cerca de dos metros (aunque en una área que no comprende ni mucho menos toda la de la torre y muralla aneja), sin que haya aparecido otro alguno. Pero, sobre todo, nuestra desconfianza procede del hecho de que al construirse la cisterna, bajo cuyo piso se descubrieron los fragmentos de la inscripción, se destruyó una masa considerable de relleno (por lo menos una veintena de metros cúbicos). Habría bastado que la profundidad de la cisterna hubiese sido tan sólo 10 centímetros mayor, para que los ahora hallados hubiesen sido destruidos y si hubo otros a menos profundidad no hay que pensar en encontrarlos. Además, el hallazgo en las torres 11 y 24 de la testa y busto, respectivamente, de la efigie de Faustina Menor, nos demuestra cómo los fragmentos de una misma pieza pueden haber quedado dispersados a grandes distancias los unos de los otros.

De todas maneras, incluso en su estado actual, el documento aparecido en la torre 25 es de la mayor importancia para la historia de la ciudad, ya que nos proporciona datos hasta ahora desconocidos: Que hubo en Barcelona un monumento importante dedicado a (o dedicado por) Trajano o Adriano. Aquella importancia la podemos deducir de la calidad de la inscripción que lo debía presidir (al hablar de importancia hay que ponerla en relación con la modestia de nuestra ciudad). ¿Qué clase de monumento? Desde luego, hay que descartar lo funerario, pero aun hecha esta eliminación, queda un ancho campo para todas las conjeturas. Nos enseña, además, que este monumento debió ser destruido en forma que luego se renunció a restaurarlo, y sus restos debieron ser derribados y reutilizados en la construcción de la muralla. Apesar de esta destrucción es posible que en algún lugar de nuestra ciudad subsistan sus cimentaciones. Los exploradores del porvenir acaso lleguen un día a encontrarlas.

LA INSCRIPCIÓN RELIGIOSA DE LA TORRE 16

Esto nos lleva a decir unas palabras respecto a otros dos monumentos epigráficos de descubrimiento también reciente, aunque no tanto como los reseñados anteriormente. El primero es una estela descubierta el 19 de di-



Fig. 6

ciembre de 1962 formando parte del paramento central de la torre 16, situada en la decimocuarta hilada, en el segmento de muralla recayente a la plaza de Berenguer el Grande (Vía Layetana). Se trata de una estela de piedra arenisca de Montjuich que mide 1.60 metros de alto. De ella la porción inferior de 25 centímetros está rústicamente labrada y debía estar destinada a quedar enterrada. En el resto han quedado señales de un enlucido blanquecino, excepto en la parte superior, que también está en rústico. En la parte alta, en un recuadro de 52 por 67 centímetros, aparece una sencilla inscripción

con letras correctamente trazadas que miden 7,5 centímetros la línea superior y menores en las otras, que dice, núm. invent. 7821 (fig. 6):

K DEO
L. VALERMONTEIVS
V.S.L.M.

Se trata, posiblemente, de una dedicación mitraica,¹⁰ la primera descubierta en Barcelona que se pueda referir a este culto. El personaje dedicante, Lucius Valerius Monteius, es nuevo en la onomástica barcelonesa. Su carácter religioso hace pensar estuvo erigida en un lugar sagrado y es el primer testimonio de la existencia de éste en un punto no identificado y de su destrucción y aprovechamiento posterior de sus piedras, siempre para la obra de la muralla. Este lugar no debió ser el templo bien conocido, cuyos restos se encuentran en el edificio del «Centre Excursionista de Catalunya» en el «carrer del Paradís», dedicado probablemente a Augusto, ya que de éste no se ha encontrado hasta ahora ningún elemento identificable dentro de la muralla, apesar de su proximidad a la misma y el volumen de sus piedras, que habrían cumplido útilmente el papel de «ocupar espacio» en la masa enorme de las setenta y más torres con los lienzos de muralla intermedios, sin dejar de pensar que el centro del culto oficial a los emperadores no cuadraba con votos a otras dedicaciones.

10. La K inicial presenta una forma particular con los plaos divergentes redondeados y unidos al palo vertical por medio de un corto trazo horizontal y que además no alcanzan ni por arriba ni por abajo la altura de aquél, de manera que en el momento del descubrimiento, con la piedra muy tomada de mortero, parecía tratarse de una I seguida de una O, de modo que pensamos podía tratarse de una abreviación del nombre de Iupititer-Iovis, pero una vez limpiada no quedó duda de que los dos trazos redondeados no dibujaban más que la mitad de la O y estaban unidos a la supuesta I por el citado trazo horizontal, de manera que el conjunto sólo podía interpretarse como una K. Consultado el Prof. Sebastián Mariner, al que tanto deberá la epigrafía barcelonesa mediante la revisión de todos sus textos que tiene iniciada con los títulos existentes en el Museo de Historia de la Ciudad, ha tenido la amabilidad de comunicarnos lo siguiente: «De totes les possibilitats de la K inicial, em sembla que la més viable és referir-se al culte mitraic, co és prendre-la com a abreuviadura de K(auti) o bé de K(autopati), els dos dendròfors de Mitra i semienarnacions d'aquesta mateixa divinitat, que arriben a tenir altres làpides dedicades a llur nom», opinión que nuestro colega presentará debidamente en el momento de publicar la lápida, que tiene en estudio.

LA GRAN INSCRIPCIÓN ENCONTRADA EN LA «PLAÇA DEL REI»

El otro epígrafe lo descubrimos a partir del 14 de julio de 1960, en la «plaça del Rei», formando parte de las cimentaciones del salón del Tinell en su frente sudeste, o sea, el opuesto a aquel en que apareció el cipo dedicado a la Equidad Augusta. Se trataba de dos piedras areniscas puestas verticalmente, que miden 72 y 75 centímetros de longitud, por 43 de alto y 46 de grosor; por lo tanto, destinadas a ir colocadas en un muro de gran diámetro, en las que se lee inscrito en magnas letras de 14 centímetros de alto, en la primera P. CORN y en la segunda FAVSTV (núms. invent. 7818 y 7817). Se trata de dos sillares no rotos, sino bien cortados por todos sus lados, y que si es seguro que formaban parte de la misma inscripción, es probable que no estuviesen juntos tal como aparecieron reutilizados en la obra medieval, sino que entre ellos quedase otra piedra de un tamaño semejante con las letras *elivs*, y hubiese todavía una cuarta piedra, a la derecha, con una s y una continuación desconocida, de manera que el conjunto rezaría (figs. 7 y 8):

P. CORN(elivs) FAVSTV(s)...

Apesar de que la inscripción, como es natural, ya había sido desplazada, en el momento del descubrimiento quedaban todavía restos bien visibles de la pintura roja que había subrayado los caracteres escriturarios, que luego fue desvaneciéndose hasta desaparecer. Estamos también ante un letrero que no creemos sea sepulcral, que tiene sobre el de TRAIAN la ventaja de poder pensar fundadamente que el nombre que contiene, desconocido hasta ahora, es el de un dedicante, bien que no sabemos que era lo que dedicaba. El hecho de que en la proximidad haya aparecido aprovechado en edificaciones de baja época romana, visigótica o posteriores, en todo caso más modernas que la construcción de la muralla, algún resto de un gran edificio, especialmente un magnífico capitel de 80 centímetros de alto, asociado a un tambor de columna estriada de 65 centímetros de diámetro por 92 de alto (elementos que juntamente con otros serán objeto de un nuevo estudio) invita a relacionarlos, aunque esta relación sea absolutamente hipotética.¹¹

11. Véase J. DE C. SERRA-RÀFOLS, *Dues representacions de Bacus o Dionysos trobades a Barcelona*, en volumen de «Homenatge a Bosch-Gimpera», Méjico, 1963, pp. 403-410, donde se hace una breve referencia a estos materiales.



Tendríamos, por lo tanto, otro edificio, acaso un templo, posiblemente del siglo II, que sobrevivió, no sabemos en qué forma y con qué daños, a las destrucciones de finales del III, por lo que sus restos no fueron incorporados

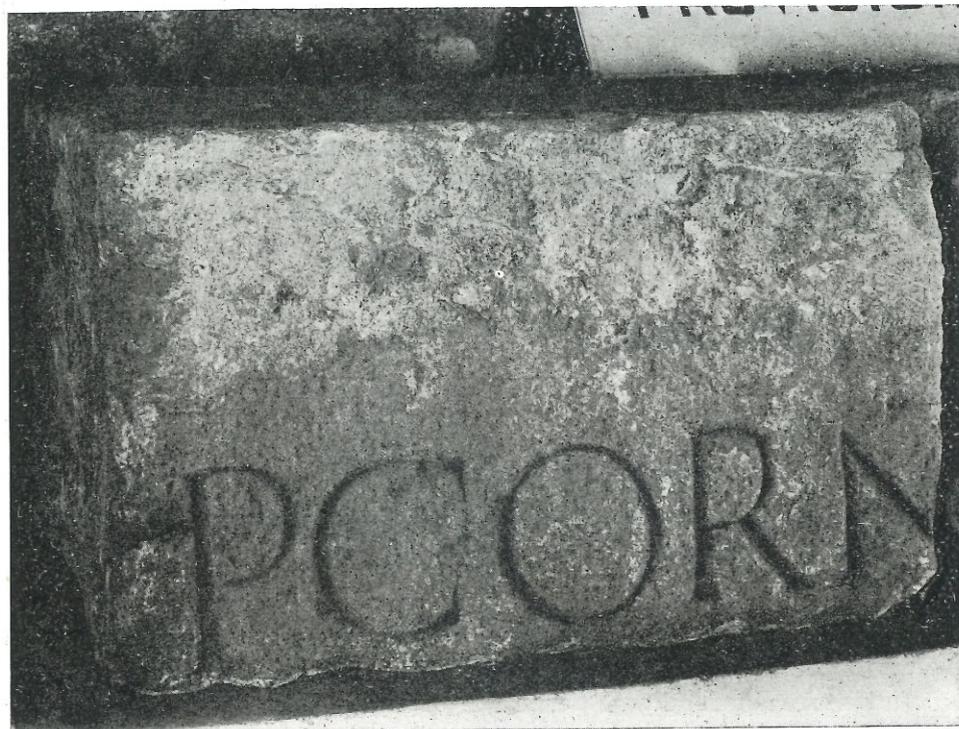


Fig. 7

a la muralla, pero no a las del IV y posteriores, determinadas acaso más que por hechos militares por la adaptación de la ciudad a una nueva ordenación, derivada de las circunstancias urbanísticas prefijadas especialmente por la existencia del estrecho cinturón amurallado, recientemente construido.

LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD Y EL APROVECHAMIENTO DE SUS RUINAS

Por fin, quiero escribir un párrafo dedicado muy especialmente a mi amigo, Mr. John Fletcher Hurst, doctor por la Universidad de Harvard y

nieta del fundador de la «American University»,¹² de Washington, con el que varias veces he hablado del espíritu de aquella época, que vio con indiferencia la destrucción de tantas obras de arte sepultadas en la muralla, lo mismo representaciones de sus divinidades que efigies de sus emperadores



Fig. 8

y de sus conciudadanos que habían alcanzado el honor de ser plasmadas en mármol o en bronce (en este caso debieron ser fundidas) o las dedicaciones pétreas a unos y a otros.

Este espíritu ha sido muy semejante en todas las épocas, acentuado todavía en aquellas que viven un profundo viraje en las directrices espirituales. Los finales del siglo III representan el ocaso de la antigüedad con todo el

12. La «American University» de la capital de los Estados Unidos fue fundada por el obispo metodista John Fletcher Hurst, cuyos nombres lleva exactamente su nieta, y en ella pronunció el Presidente Kennedy su más importante discurso sobre política exterior, «Strategy of Peace», al comienzo del cual hizo referencia a la citada fundación (véase «The New York Times» del 11 de junio de 1963, donde se publicó el texto de este discurso).

complejo de la cultura clásica, desde las instituciones civiles a las religiosas, pasando por el arte y demás manifestaciones de la misma. A los hombres del año 300, para dar una cifra redonda, les interesaban muy poco las efigies o las memorias de los césares de las dinastías julio-claudia y antoniniana, o los personajes que habían vivido en aquella época: eran muertos doblemente muertos, no sólo lo eran físicamente sino espiritualmente, ya que de los primeros el pueblo poco sabía y de los personajes secundarios, cuyos nombres figuraban en las tumbas o en las dedicaciones honoríficas elevadas por sus familiares o conciudadanos, quedaba todavía menos rastro, extinguidas sus líneas de descendencia u olvidada su ligazón con las nuevas generaciones.

En ciudades como Barcino este «corte de cuentas» debió ser todavía mayor. Imaginemos lo que debió representar para un ciudadano que había «vivido» la ciudad en los tiempos en que estaba amplia y pacíficamente abierta en todas direcciones, volverla a vivir cuando apareció ahogada en un estrecho recinto pétreamente marcado, con unas puertas estrictas que señalaban unos caminos determinados y que tardó varios siglos en romper, mejor dicho, en saltar, creando los primeros barrios extramuros, ya en plena Edad Media. El cambio, que además representaba la pérdida de toda una tradición secular de seguridad y de estabilidad, debió ser tan profundo que las nuevas generaciones, las que crecieron ya tras el recinto amurallado, debían sentirse profundamente desligadas de sus antecesores.

Por si todo esto fuese poco, si un amor a «la ciudad», dando a este término el valor que tenía entre los antiguos griegos, y que equivale un poco, pero con mayor extensión, a nuestra «ciudadanía», hubiese intentado preservar estos restos, no debemos olvidar que la muralla que absorbió tantos monumentos (para fortuna de la actual generación de historiadores), no fue, en su dirección, por lo menos así lo creemos, una obra municipal, sino el resultado de unas disposiciones de tipo general, ordenando la fortificación en profundidad de vastas zonas del imperio, como complemento de la defensa lineal representada por el *limes* o línea de fortificaciones de las fronteras. Y su proyecto y dirección sobre el terreno tampoco creemos fuese obra edilicia, sino producto de un estudio efectuado y ejecutado por ingenieros militares, con toda seguridad forasteros (por cierto, en Barcino bien conocedores de su oficio, ya que el resultado fue un recinto de una solidez admirable, aunada a una sobria belleza, condiciones que en otra ocasión comentaremos), y, por lo tanto, totalmente desligados de la vida de la ciudad. Y no parece que los ediles y los ciudadanos de la disminuida y arruinada Barcino, que hubieron de sacrificar tantas cosas de mayor entidad a la construcción de la

muralla (como se ha comprobado repetidamente, la ciudad amurallada fue más reducida que la anterior), tuviesen fuerza moral y ni siquiera deseo para oponerse a la destrucción de monumentos que sólo podían evocar vagos recuerdos sentimentales.

Este olvido del pasado no es privativo de ninguna época ni de ningún país, y en los mismos tiempos actuales fuera de un círculo limitado de personas cultas, poco numeroso y no excesivamente influyente, en los otros círculos se produce el mismo fenómeno. Ya ahora en el espíritu de las gentes se está pasando una esponja, para hablar de España, a todo lo anterior a 1931, o si se quiere a 1923. Personalidades que jugaron papel extraordinario en la vida reciente hispana, como Canalejas, Maura o Cambó, o incluso el rey Alfonso XIII, parecen, para las nuevas generaciones, figuras espectrales sin apenas contenido humano. Y no digamos, remontándonos unas pocas generaciones, de gentes que llenaron toda una época, como Espartero, Narváez o Serrano, que a veces no son más que el nombre de una calle cuando una gran ciudad se la ha dedicado. Y esto pasa en unos tiempos en que los papeles escritos forman montañas ingentes, de manera que es fácil informarse sobre estas figuras históricas, si existe el deseo de hacerlo. Para la gran mayoría de los barcinonenses de finales del siglo III, los personajes memorados por medio de sus efigies o por las inscripciones funerarias u honoríficas, que encontramos en el seno de la muralla o aprovechadas en edificios posteriores, eran del todo desconocidos y no sentían por ellos más que una total indiferencia.

OTRA INDIFERENCIA: EL VALOR ARTÍSTICO DE LOS RETRATOS

En cuanto al valor de estos restos como obras de arte tampoco ha de extrañarnos no impresionarse a aquellas gentes. Se ha de llegar a tiempos modernísimos para que este concepto vaya difundándose entre las clases dirigentes y entre las masas, sin que sea, ni ahora, muy profundo ni en las unas ni en las otras, y tenga la virtud de desviar el rayo destructor de la guerra (y no siempre por desgracia). Gentes que sentían tanto orgullo por su glorioso pasado, por más que resultase para ellos impreciso en sus detalles, pero que se les hacía presente en la materialidad de las ruinas monumentales que los rodeaban por todas partes, como los ciudadanos de Roma en pleno Renacimiento, no protestaban se concediese en 1499, por ejemplo, una autorización oficial para explotar canteras de mármol en el centro del Foro romano, can-

teras cuya materia prima no era otra que los restos de los insignes monumentos que allí alzaron sus ilustres predecesores.¹³

Incluso ahora, en ciudades de gran tradición histórica como Tarragona o Mérida, los encargados de la protección del tesoro artístico y arqueológico de la nación han de velar incesantemente sobre los trabajos realizados por particulares (e incluso por corporaciones oficiales), para que no se oculten o destruyan hallazgos, a veces, de gran valor artístico (prescindamos del histórico, menos accesible a las gentes) sin que lo consigan siempre, sólo ante el temor de que la investigación de tales hallazgos no provoque algún entorpecimiento en unas obras. ¡Tan escasa es la sensibilidad de gentes, que a veces presumen de cultas, ante los testimonios del arte del pasado, que no pueden cotizar monetariamente!

¿Hemos de extrañarnos, pues, no fuesen más sensibles a tales obras los humildes pobladores de la Barcino de finales del siglo III y comienzos del IV, mucho menos imbuidos de una pasada grandeza que los italianos del Renacimiento, mucho menos instruidos que nuestros contemporáneos y, además, aplastados por los trágicos acontecimientos de los que acababan de ser testigos y víctimas?

13. Véase el artículo de EUGÈNE MÜNTZ, *Les monuments antiques de Rome au XV siècle. Documents inédits sur les travaux qui y ont été exécutés sous les papes Nicolas V, Pie II, Paul II, Sixte VI et Alexandre VI*, «Revue Archéologique», 1876, 2, págs. 158-175. Se trata de documentos custodiados en los en aquel momento recién creados archivos del Estado italiano en Roma, que pasaron a poder de éste al ocupar poco antes la ciudad, procedentes de la administración papal pero que no habían ingresado en los archivos vaticanos y se guardaban en oficinas pontificias situadas fuera del palacio vaticano. Los más significativos son documentos del año 1499 (bajo Alejandro VI) en los que se concede a unos *cavatores de prete (pietre)* llamados Manfredo de Novara, Pietro y Cristóforo autorización para excavar en el Foro romano en busca de mármoles, mediante el pago de la tercera parte del producto de los trabajos. Posteriormente, se ha publicado otra documentación, citas literarias y testimonios arqueológicos de prácticas iguales o semejantes, anteriores o posteriores, pero precisamente acudimos a la anterior por ser de las más antiguas dadas a conocer por los investigadores modernos.